

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

DODDS, E. R. *Los griegos y lo irracional*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1960. 290 p.

"Una higuera, mirando a otra higuera, se hace fértil".

Proverbio árabe.

Solía escribir Giovanni Papini unas pequeñas notas provocadoras, violentas y, como casi todo lo de él, a la postre igualmente ruidosas y apasionadas. Pues este florentino original fue, tómesele por donde se le tome, un hombre de grandes, de *extra-ordinarios* ardores. De ahí su ímpetu polemista y su afán de fustigar —diríase en carne viva— con vehementes palabras, que en su caso tenían peso y aristas en extremo filosas, a nadie menos que a la Humanidad. Sin ningún énfasis oratorio, y esta es por cierto una de sus cualidades, exhorta, se exalta, se conmueve y señala los defectos de una época turbulenta. Lo mismo que aquel Celestino VI, el gran pontífice hijo exclusivo de su pluma. Eso es igualmente su *Gog*; donde se refleja, vertida en una prosa descarnada, entre ardidos meandros geográficos y mentales, la audacia intelectual así como la auténtica rebeldía combativa para juzgar la infelicidad —con parecido moral al *Doctor Fausto*— de *un mundo feliz*: porque en él la iniciativa y la libertad individual desaparecen en obsequio de la vida mecanizada. Y en la cual, claro está, los hombres de la estirpe de Papini son tratados como enfermos. Mas dejemos que sea el mismo autor quien nos describa a su *Gog*. "No se trata, como el lector verá —nos dice— ni de un libro de memorias, ni, mucho menos, de una obra de arte. Se trata, me parece, de un 'documento' singular y sintomático; espantoso tal vez, pero de un cierto valor para el estudio del hombre de nuestro siglo".

No obstante, poco me interesa resaltar ahora el pensamiento de Papini acerca de la "civilización cosmopolita". Pongamos, en consecuencia, que consiste en una manera colectiva de ser maniático, sádico, cínico, hiperbólico, semisalvaje. Aunque ello, sin explicarlo, equivalga a dejar las cosas demasiado en el aire. A la altura en que siempre he deseado colocar mis ensayos no se puede acoger la pueril suposición de que basta enunciar las ideas para que sean profundas o, cuando menos, serias. Por el con-

trario, todo pensamiento expuesto de esa manera es, a lo sumo, mera excrecencia verbosa del intelecto. Debido a esta razón dejo como entre paréntesis el juicio de Papini sobre los fenómenos de la hora contemporánea, anotando, eso sí, que procedo de esta manera por la necesidad de valerme libremente de eso que llama *documentos*. En ellos tiene que verse *ante todo*, o sea desde el punto de vista que me interesa recalcar, su sentido concreto e individual: son, con efecto, exploraciones del actual horizonte de la existencia humana, y, por lo mismo, no solo adjetivos externos y exánimes —pese a todo su chisporroteo volcánico— aventados por un hombre obseso en las “enfermedades secretas (espirituales) de que sufre la presente civilización”. Como en el adagio alemán, en sus notas Papini hace largos viajes y trae algo para contar. Así cada una viene hasta nosotros empapada de una porción de realidad. Según esto, con cualquiera de ellas, y una vez tengamos en cuenta los índices de flexión y de refracción de la corpulenta contienda papiniana, podemos saber en determinado aspecto qué piensa, qué siente, qué cree y qué intuye el *ciudadano* medio y aún superior de la urbe moderna. Por eso su nota *Filomanía*, en *Gog*, constriñe hacia adentro lo que ellos piensan de Grecia, y es la que lógicamente me importa en relación con el libro de Dodds. *Hic Rhodus, hic salta*: acá, en *Filomanía*, se halla toda la ingenuidad, toda la credulidad asaz vanidosa contra la cual levanta sus ideas el autor de *Los griegos y lo irracional*. Pues esta obra, si bien lo estoy en este párrafo subrayando de manera oblicua, busca destruir la presunción común de que la conducta y la experiencia de los griegos *clásicos* fueron terriblemente racionales, carentes de la conciencia del misterio e incapaces de penetrar en los niveles más profundos y menos conscientes de la experiencia humana.

Es menester copiar, siquiera en su esencia, esa nota. De las tierras fantasmagóricas y trascendentales de Oriente ha venido a París un tal Rabah Tehom —nos *cuenta* Papini— y, hablando con dos rumanos, un senegalés, un peruano y un sueco, les arroja a la cara esta pregunta solemne, tiñendo de un incruento bermeñón los lampadarios de la “Cou-pole”, cuya luz mortecina los envuelve, descarnándolos: “¿qué es lo que habéis ganado siguiendo la razón y adoptando la inteligencia?”. Y luego, cual chino taoísta, maestro de la escuela tántrica, es decir, de la más reputada magia de Asia, él mismo se responde: “La verdad no se ha alcanzado, el hombre es cada vez más infeliz y la filosofía, que debía ser, según los antiguos farsantes griegos, la corona de la sabiduría, se retuerce entre las contradicciones o confiesa su impotencia. Los dos malhechores fueron castigados desde el principio —Sócrates con el veneno, Platón con la esclavitud— pero no fue suficiente. Esos han envenenado y aprisionado ochenta generaciones con su enseñanza pestilencial. El monstruoso Sócrates se ha vengado de la cicuta ateniese intoxicando a los pasivos europeos, durante veinticuatro siglos, con su dialéctica. Los resultados están a la vista. El ejercicio testarudo y estéril de la razón ha llevado al escepticismo, al nihilismo, al aburrimiento, a la desesperación. Las pocas verdades entrevistas con aquel método han conducido al terror. En la Edad Moderna, los filósofos más lúcidos se han refugiado finalmente en la locura: Rousseau, Comte y Nietzsche han muerto locos. Y solo gracias a esta fortuna han podido renovar el pensamiento occidental con ideas más fecundas y temerarias”. “A la filosofía —amor a la sabiduría—

es preciso la sustituya la Filomanía, el amor a la locura". Rabah Tehom se seca la frente, bébese el whisky que uno de los rumanos se acaba de hacer traer e interroga con la mirada a sus oyentes silenciosos...

¿De dónde sacó Papini, inquiere uno al propio tiempo tras leer a *Filomanía*, aquello de que la "razón pura" —la cual no debe confundirse con el entender, con el *intus-legere*— la inventaron los griegos de la Hélade clásica, si aún hoy y a pesar de la abundante cantidad de libros escritos con el fin de desentrañar la historia de los griegos, como el enorme volumen sobre Platón de Wilamowitz, la gran mayoría de sus hazañas espirituales continúan en lo semioscuro? ¿Por qué ha de suponerse que en la Grecia de Sócrates y de Platón, o de Aristóteles, el yo racional abominó eternamente de "la locura del cuerpo"? ¿A qué se debe que estos grandes griegos, convertidos en seres incorruptibles y dueños de un alma inaccesible al gozo y al dolor, se les haya reducido a *espectadores* permanentes de toda la existencia? La causa, o por lo menos el motivo principal, lo escribí líneas arriba, y en estas me basta hacerla ver con otras palabras. Dije que se originaba en la presunción común de que la conducta y la experiencia de los helenos del período clásico fueron racionales. Y ahora tengo que reiterarlo, porque tal *presunción común* cela una circunstancia social mucho más honda que una mera presunción. Los políticos saben muy bien que sus éxitos en la vida pública dependen de la *imagen* que de ellos se hace el público. Hablando el senador americano Abe Ribicoff de Robert Francis Kennedy, apuntó: "la gente le atribuye las cualidades que quieren, buenas o malas". De esta manera el público, o si lo he de indicar con mayor exactitud, *la sociedad, la colectividad, nadie* determinado —la gente, a la cual se refirió el senador norteamericano— *cristaliza*, cubriéndolo de atributos buenos o malos, cuanto le rodea: una vez tenga alcance y vigencia colectivos. No hay duda; en economía existe, por ejemplo, la *imagen* del "derroche" como "opulencia atolondrada", "exceso de sobras" o estímulo artificial para adquirir objetos inútiles, y, por tanto, una nueva economía que, basándose en la noción de la productividad y de los logros, afirme que "el que no desecha, no tiene" —en virtud de importarle más el ahorrar tiempo y el comprar "uso"—, será considerada a la luz de aquella *imagen* social de la económica locura y pecado de personas manirrota. En este sentido, creo yo, tenía razón Bastián: hay, ciertamente, "ideas elementales" comunes a todos los hombres. Costumbres, creencias, nociones religiosas, opiniones, decires son, pues, las articulaciones de cualquier *imagen social* (1).

Fijémonos bien. Los griegos de la Epoca Clásica, o mejor aún, *lo griego* tiene una *imagen social* en extremo viva en nuestro tiempo —y la lectura de *Filomanía* constituye una prueba elocuente—, merced a que la gente hoy goza de un peculiar género de aproximación intelectual, como consecuencia, entre otras cosas, de los crecientes medios de comunicación. En una palabra, tiene lo que ahora se llama, dentro de un repertorio de categorías y vigencias similar al viejo "star system" de Hollywood, *pin-up pensante* negativo; lo cual equivale tanto como a indicar no un *sex-appeal* intelectual en decadencia, sino un estado mental colectivo *imaginativamente* considerado por "la gente" y la opinión pública —la *aidos* griega, cabalmente— como en extremo racional y, por lo consiguiente, perturbador del equilibrio entre el cuerpo y el alma. De ahí que Dodds comience

su libro relatando lo que le ocurrió en el Museo Británico, contemplando las esculturas del Partenón. Seguramente cuando ya apenas quedaba nadie de ese tropel inane de “turistas”, que de uno a otro continente, de una a otra nación van y vienen mirando sin *ver*, se le acercó un joven para decirle con aire preocupado: “Se que es horroroso confesarlo, pero este arte griego no me dice lo más mínimo”. Dodds le respondió que su afirmación era muy interesante, agregándole: “¿podría definir de algún modo las razones de su falta de emotividad?”. El joven reflexionó por espacio de unos minutos y después le contestó: “Es todo el tan terriblemente *racional*..., ¿comprende lo que quiero decir?”.

Claro está que Dodds comprendió cuanto el joven quiso decirle. ¿Acaso no cita en una de las páginas aquella máxima nada anodina de que “si el buey pudiera pintar, su dios se parecería a un buey”? ¿Como si el arte, en esta forma de ser captado, se originase no más que en contemplar su sobrehaz a la carrera! Todo arte supone continuidad desde las entrañas del artista y de su época hasta la piel de la obra —sea estatua, melodía, verso o cuadro—. Abandonando, por consiguiente, la posible dosis de pedantería juvenil de la confesión, en cuanto gesto rebuscado de visitante a exposición, ella nos arroja sobre la característica tal vez principal de toda *imagen social*, a saber: su insustancialidad y superficialidad; más aún: ya se trate de una imagen favorable o de una desfavorable, como la que se ha formado Occidente de lo griego clásico. Esto es para ella esencial. Porque la imagen siempre precede a la idea en el desarrollo de la conciencia social. Y, a su través, “la gente” toma posesión de la realidad. He ahí una manera menos complicada con que yo me atrevería a explicar el “inconsciente colectivo”; o, cuanto menos, sin carga de tufos freudianos. Pero tales *imágenes sociales* tienen que brotar, desde luego, del hombre —no de las nubes, de las plantas o de los astros, según suponen algunos compatriotas—, y precisamente por eso hay que formular el brote de la *imagen social* de la Hélade como sigue: la realidad griega antes de Cristo sufre, dentro del *inconsciente colectivo*, un achatamiento en extremo notorio. En primer lugar, nuestra época ha modelado su sensibilidad artística y racional a base del arte africano y del azteca y de las obras artísticas de hombres como Henry Moore y Amadeo Modigliani; lo mismo que en la filosofía existencial (2). La verdad es que el meridiano de la razón pasa —“a la altura de nuestro tiempo”— por las cabezas de Heidegger, el del “pensar del ser” o “pensar esencial”, y de Sartre, con su “idea del absurdo”, quienes “concuerdan bastante bien para poder alimentar su discordia”, y no por la de Edmund Husserl, pongo por caso: ¿esa robusta testa germana creadora de una fenomenología pura y de una filosofía fenomenológica! ¿Cuál es la razón para que se proclame, si no, que el “trascendentalismo” está, *en este momento*, en el punto donde lo dejó Kant? (3). Aquí nos hallamos ante una explicación de lo griego *desde fuera*. En segundo lugar, las oscuras raíces, los cimientos subterráneos del brumoso organismo que conocemos con el nombre de Antigüedad Clásica solo hasta hace pocas décadas han sido bien escarbados. Aquí nos encontramos ante una explicación *desde dentro*. En definitiva: la *imagen social* se hace con el impulso colectivo y a partir del trabajo del hombre.

La obra de Dodds corresponde a aquel último tipo de explicación. Y se podría decir que ella, junto con las pesquisas de la etnología, contribuye

a hacer transparente los “grandes temas del helenismo”: “cubierto con la majestad de los siglos”, que son los enormes simplificadores de lo que no es simple. Por lo mismo, el aspecto definitivo de este libro radica en que analiza el irracionalismo de los griegos unido a su racionalismo, a su lógica nata. Su recorrido empieza en la época en que la razón nunca estuvo al borde de ningún triunfo para, luego, rematar en la psicología de lo irracional, iniciada por Aristóteles. Y del cual recorrido emerge una conclusión victoriosa. Que los hombres que crearon el primer racionalismo europeo no fueron nunca “meros” racionalistas, ridículos *sapiens* o sabios ideales, sino profundos y conscientes e imaginativos conocedores del poder, el misterio y el peligro de lo irracional. “Un nuevo esquema de creencias rara vez borra —escribe Dodds— para establecer el vínculo auténtico entre lo racional y lo irracional en Grecia, luego de penetrar profundamente en las experiencias religiosas de los griegos: religión homérica; las cuatro clases de locuras divinas concebidas por Platón, el “padre del racionalismo de Occidente”; el esquema onírico de los autores de la Epoca Clásica; el chamanismo griego y la interpretación puritana de la existencia; la reacción de los filósofos ante la confusión de creencias, heredadas de la Epoca Arcaica— un esquema de creencias rara vez borra, repito al autor, por completo el esquema anterior: o el antiguo sigue viviendo como un elemento del nuevo —a veces como un elemento inconfesado y semiinconsciente— o bien los dos persisten yuxtapuestos, lógicamente incompatibles, pero aceptados contemporáneamente por diferentes individuos o incluso por el mismo individuo”. No les bastó, pues, a los griegos la razón y menos todavía la razón *abstracta*. Y si he de fijar con rigor cuál fue, según Dodds, el aporte de la razón griega a la humanidad hay que exponerlo de este modo: ella empezó a *usar* conscientemente lo irracional, en vez de ser usada por este. Como una clase de insólitos clamanes, los *pensadores* de la Hélade bajaron al infierno de la razón con objeto de rescatar un alma robada: el irracionalismo de los griegos.

¿Algo más? Sí; este hercúleo intento de racionalizar lo irracional o, como dice Dodds, de construir un puente entre los intelectuales y el pueblo, y salvar con ello la unidad de la creencia griega y de la cultura griega, condujo a una religión menos sacerdotal y, a la postre, a que el interés teológico no estuviera tan distante del político, poético y filosófico. Esto es, a *ver* —lo afirma un observador cristiano del siglo II del platonismo— *a Dios cara a cara*. Y por eso la *imagen social* a través de la cual hoy se conoce a Grecia, podría decirse paradójicamente y solo después de haber leído a Dodds, tiene acaso una sola virtud. La de hacernos reparar en que los griegos, aún habiendo abusado del racionalismo con sus estériles logomaquias —de donde nació cabalmente esta *imagen*— no se sumaron al tropel de las “razas caos”, de que hablaba Houston Chamberlain.

NOTAS

(1) ¿Quién osaría afirmar que el famoso, el archifamoso *amor platónico* tal como lo entendemos hoy es una *imagen social* y nada más? ¿Habrá alguien que se atreva a sostener que *ese* amor no lo concibió en rigor Platón? Y, sin embargo, debe afirmarse. Platón distinguió cuatro tipos de locuras divinas, a saber: la profética, la teléstica o ritual, la poética y la erótica. Como es natural, fijémonos únicamente en esta última y, también como es natural, brevísimamente. Allí las pasiones no son vistas como infec-

ciones de origen extraño, sino como una parte necesaria de la vida de la mente, y aún como una fuente de energía que puede “canalizarse” hacia una actividad intelectual o sensorial. Así, en el amor. En este, Eros tiene una importancia especial. Porque pone en contacto las dos naturalezas del hombre: la “bestia amarrada” y el “yo divino”. Eros está, según Platón, francamente arraigado “en lo que el hombre comparte con los animales. O sea en el impulso fisiológico del sexo. El auténtico amor platónico contiene, pues, libido —para subrayarlo en la expresión freudiana. Lo que pasa es que la imagen social de dicho amor confunde la rosa con el rosal. En consecuencia, tal imagen, cual cierto dibujo de Gavarni, enseña el mundo por un agujero; por un agujero donde se ve una... mísera cigüeña.

(2) “El existencialismo —escribe José Ferrater Mora en *La filosofía en el mundo de hoy*— es, sin ningún género de dudas, uno de los movimientos filosóficos actuales acogidos con mayor expectación y difundidos con mayor fortuna”. Pero creer que existe uno solo sería pensar una cuestión muy batallona. “Hay, puntualiza el mismo Ferrater Mora, un existencialismo ateo, un existencialismo casi ateo, uno algo menos ateo, uno bastante teísta, uno declaradamente teísta; hay un existencialismo cristiano, uno católico e —imagino— uno presbiteriano, anglicano, unitario —por no decir nada de posibles matices dominicanos, benedictinos y jesuitas de la misma doctrina—. Hay una forma de existencialismo académica y otra bohemia”. Lo cual recuerda el verso de Machado: “¡Oh estos pueblos! Reflexiones, / lecturas y acotaciones / pronto dan en lo que son: / bostezos de Salomón”.

(3) Véase *Ideas* relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica, por C. Husserl.